

El estilo de Jesús con los enfermos mentales

No queremos interpretar el Evangelio según nuestras categorías culturales, clínicas o sociales, pero podríamos decir – siguiendo el parecer de los expertos más destacados en este sector-, que las narraciones evangélicas que presentan a personas “poseídas por espíritus inmundos” están describiendo a personas con enfermedad mental (trastornos de personalidad, esquizofrenia) o neurológica (epilepsia).

Puede iluminarnos la narración del Evangelio según San Marcos, capítulo 5.

Jesús desembarca en la tierra de los gerasenos, lugar de paganos, donde crían puercos - animales impuros-, en un lugar de sepulcros (falta de fe, lugar de impureza y muerte; ¡...la situación no puede ser peor!).

En esta situación se suscita el encuentro con un hombre raro y agresivo, que no encuentra cabida en medio de los demás. Tal vez este hombre esconde mucho miedo detrás de su agresividad que, de hecho, dirige sólo contra sí mismo, provocándose dolor y heridas con las piedras. Ni siquiera las cadenas contienen la furia que alberga en sí; el único lugar que puede ocupar es el cementerio, el rincón de la ciudad deshabitado y siniestro que a todos habla de muerte. Es suficiente que vea de lejos a Jesús, para que se despierte en él un deseo, nunca completamente apagado, de dirigirse hacia alguien, desahogando con ímpetu sobre otra persona el drama de los muchos espíritus inmundos que habitan en su interioridad. En la narración llaman la atención los esfuerzos que el hombre hace para ir al encuentro con Jesús y hablarle, a pesar de que sus palabras resuenan sólo como una amenaza. No es difícil pensar en muchas personas con trastornos mentales que formulan de una manera muy torpe sus necesidades de afecto y cercanía, que resultan agresivos a los ojos de los demás.

Pero Jesús no se deja engañar por su modo de actuar: la sociedad hizo a un lado a aquel hombre y Él va ante todo hacia quienes la sociedad ha marginado y rechazado. Para que una persona tan lacerada pueda salir de su aislamiento y vivir un auténtico encuentro de liberación, es necesario que alguien con valor desembarque y ponga su pie en el reino de los muertos para volver a dar vida, para rescatar lo que estaba perdido. El miedo no paraliza a Jesús. También a nosotros se nos pide movernos hacia quienes en nuestras ciudades y en nuestro corazón no tienen cabida, sin esperar que sean ellos, tal vez víctimas de una rabia inextinguible, quienes lleguen a tocar a nuestra puerta.

Jesús pregunta por el “nombre”, porque no nos acercamos a una diversidad o a un caso clínico entre muchos, sino a una persona singular que se quiere encontrar en su singularidad. El hombre de Gerasa, persona enferma, responde con la voz de los muchos espíritus inmundos que lo enredan: “Mi nombre es legión, porque somos muchos”; él revela la angustia de su disgregación interior, de las muchas facetas que han tomado en él una dramática autonomía, propia del ser humano afectado por una psicosis.

Jesús libera del mal y sólo Él puede hacerlo. A nuestras comunidades les toca la tarea de favorecer el encuentro personal con el Señor que libera y salva.